

## PENSAMIENTO LXXII.

*Toto quippe mundo, & locis omnibus, omnibusque horis, omnium vocibus fortuna sola invocatur, una nominatur, una accusatur. Plin. lib.2. cap. 7.*



EN todo el mundo, en todo lugar, y à toda hora (dice Plinio) se oye nombrar à la fortuna, invocarla, reclamarla, y quejarse de ella. Lo gracioso es, que así como apenas ha havido Deidad tan nombrada, y à quien se hayan dirigido tantos votos, tampoco la ha havido tan ultrajada. Los nombres de cruel, injusta, ciega, loca, barbara, inconstante, pérfida, y tyrana, son los que con mas frecuencia se le dán. De todos lo

acontecimientos adversos se echa la culpa à la fortuna: se le atribuye una cierta propension maligna à oprimir al virtuoso modesto, y exaltar al vicioso audáz; y el mismo Seneca, que en su consolacion à Polibio procura defenderla, diciendo, que sus rigores se compensan con sus beneficios, la acusa en su consolacion à Marcia, tratandola de señora cruel, que no hace caso de sus esclavos, y que se engaña igualmente en la distribucion de castigos, y recompensas.

¿Pero qué hay que admirar, si los mismos que claman à la fortuna, y los que la vitupéran, ni saben qué cosa es fortuna, ni cuál es el verdadero significado de esta voz, de que tanto usan? de suerte, que en este modo de proceder pueden encontrarse sin violencia dos tonterías; la una quejarse de la fortuna, siendo un

un ente imaginario ; y la otra quejarse de las que nos parecen adversidades , siendo asi que en ellas consiste las mas veces nuestro bien , si sabemos aprovecharnos.

Desde el Oceano Atlantico hasta las riberas del Ganges ( cantó un Poeta ) hay muy pocos que sepan discernir quales son los verdaderos bienes , y que deshechada la niebla del error , que los ciega , sepan desear lo que conviene. Asi vemos desear al ambicioso dignidades , al avaro riquezas ; al Philosopho, que nadie le contradiga ; al Poeta, que todos celebren sus versos ; al criado ser amo , y al amo hacer de su criado un esclavo ; el plebeyo ansia por ser noble , y el noble embidia muchas cosas al plebeyo ; el niño está impaciente por ser hombre , y el viejo quisiera volver à la edad de niño. La fea se queja de no ser

hermosa , y la hermosa de no tener la ventura de la fea. El necio se afana por parecer discreto , y el discreto desea la dicha del necio. Ninguno está contento con su suerte; todos se quejan, y todos piden lo que no debían pedir ; y es la razón , que todos los deseos de los hombres tienen una misma raíz , que es su amor propio , y es mas fácil quejarse de la fortuna , que conocerse: mas comodo correr trás los an-tojos , que seguir el camino de la virtud. Muchas veces logran sus deseos , y están contentos , porque no conocen que el lógro es para mayor castigo.

Hinchada Roma con las victo-rias de su Consul Mario , huviera mirado como desgracia , y pérdida irreparable , que falleciese al bajar del carro , en que havia triunfado de los Teutones. Sin embargo , à la  
Re-

( 5 )

República le hubiera convenido; pero estaba reservada en su conservación la calamidad de Roma. Quando enfermó Pompeyo en Capua , hicieron las Ciudades de Italia públicos votos por su salud. Mejoró Pompeyo , y se dieron la enhorabuena de que huviesen sido oídos sus ruegos , contando por felicidad lo que era reservarles las guerras civiles. Tan ciegos somos, que no conocemos en qué está nuestro bien , ni nuestro mal. ¡Quántas veces nos engañamos, creyendo insuperable la adversidad , y quántas nos ciegan los sucesos prósperos , lisonjeandonos con su duración ! Augusto , prófugo despues de la batalla de Philippes , que havia creído pérdida , escondido tres dias en un pantáno , naufragando en los mares de Sicilia , y pidiendo la muerte à Proculeyo con mucha

A 4

ins-

instancia , estaba muy lejos de creer que algun dia sería lisonja para los Emperadores desearles la felicidad de Augusto : y Julio Cesar al presentarle en Alexandría la cabeza de Pompeyo , cuya muerte dejaba el campo abierto à sus designios , no estaba mas cerca de preveer que moriria asesinado en el Capitolio à los pies de la estatua de su competidor. Desprecia el rico comerciante al mendigo ; y mientras éste sin sobresalto , pasa cantando à vista de los ladrones por medio del bosque , asesinan à aquel por robarlo. Desea el hambriento la mesa esplendida del poderoso , que sufriendo los agudos dolores de la gota , aparta de sí los costosos manjares , y solo embidia la salud , y apetito del robusto jornalero. De este modo se burla de los antojos de los hombres

bres

bres la Providencia , à quien los tontos llaman fortuna ; y asi tambien ciegos , y precipitados corremos trás unas vanas sombras de felicidad , y nos lamentamos de no poseer lo que ocasionaria nuestra ruina.

¿Pero cómo puede dejar de ser una fortuna ciega , injusta , y caprichosa ( dirán ) la que ensalza al impio , y lo prospéra , mientras el justo abatido , y angustiado , padece persecuciones , y aun muerte ? No lo entendemos. ¿Y de dónde sabemos que la elevacion del impio , y el haver subido à la cumbre de una aparente felicidad , no sea para verse precipitado desde aquella altura , y dàr mayor caída ? ¿No hiciera hoy numero entre los mas felices un Celio Seyano , si el dia antes que llegase à Roma la carta fatal de la Isla de Capri , le huviera qui-

quitado la vida una fiebre? Vivió hasta entonces dichoso, porque se reservaba como toro pingue, y coronado de flores para ser víctima sacrificada à la justicia divina. Quando menos lo temia, y quando en vez de castigo por sus maldades, esperaba verse asociado à la potestad Tribunicia, asaltó à aquel malvado compañero de Tiberio la desgracia tan merecida; y consiste en que el réprobo, creyendose ya impune con la felicidad de muchos años, olvida que muchas veces es mas temible la calma, que la tempestad; y que el peso de los mismos delitos, que han servido à elevarlo, es el mismo, que tarde, ò temprano lo aploma, destruye, y conduce al precipicio.

Pero suelen morir prósperos los impios ( replícan ), como Sylla, y Mario, è infelices los virtuosos,

CO-



como Socrates. ¿Qué mayor nece-  
 dad que este raciocinio ! ¿Excede  
 à nuestras facultades el pedir cuen-  
 ta de sus acciones a un Monarca  
 de la tierra , y queremos tomar re-  
 sidencia al Sér Supremo ? „ La rue-  
 „ da de la fortuna ( dijo un sabio )  
 „ es manejada por mano divina , y  
 „ todo movimiento suyo , yá sea  
 „ elevando à unos , yá precipitando  
 „ à otros , es arreglado , con sa-  
 „ pientisimo designio. Tambien es  
 „ cierto ( è importa mucho esta re-  
 „ flexion ) , que respecto de mu-  
 „ chos , no vemos mas que la mitad  
 „ del gyro de la rueda , porque lo  
 „ restante se concluye en el otro  
 „ mundo. Vemos que à unos sube  
 „ la fortuna , y no los baja ; y que  
 „ à otros los baja , y no los sube.  
 „ ¿Pues qué es esto ? No es otra  
 „ cosa , sino que en esta vida mor-  
 „ tal no dá la Providencia mas que  
 „ me-

„media vuelta à la rueda : en el  
 „otro emispherio se concluye el  
 „gyro ; y asi los que aqui suben,  
 „allá bajan ; y los que aqui bajan,  
 „allá suben ; y esto es lo mas co-  
 „mun , aunque no es regla sin-  
 „excepcion.

Ni aun es menester esta espe-  
 cie de consuelo , si es que hay co-  
 razones , en quienes el ageno mal  
 puede ser alivio. Lo que sí nece-  
 sitamos es , conocer , que lejos de  
 poder tener jamás motivos de que-  
 jarnos de la Providencia , podemos  
 ser felices, aun en la adversidad, si  
 sabemos hacer de ella un buen uso.  
 Por una parte , no siendo perma-  
 nentes en la tierra los bienes, ni los  
 males , sino sujetos à una continua  
 vicisitud , ni éstos deben temerse,  
 ni embriagarnos aquellos. El uni-  
 co bien en que consiste la verdade-  
 ra , y eterna felicidad , se halla pre-  
 ci-

cisamente en otra Region ; y en comparacion de aquel todos los de acá abajo nos deben ser indiferentes. Lo segundo : el hombre feliz, embriagado con sus propias dichas, suele hacer de ellas su ultimo fin , ò à lo menos olvida que se han de acabar. El infeliz acry sola su entendimiento , y su corazon en los trabajos , y se lisonjéa con la esperanza de otra felicidad sin terminos ; y aun por eso se huvo de decir, que no hay espectáculo mas digno de Dios, que el hombre conforme , y resignado en la calamidad , la qual, no solo le trahe este bien, sino que lo conduce à conocer sus amigos verdaderos , en que lo acompañan, y consuelan ; y los fingidos, en que huyen de su vista , y compañía.

Desengañemonos: todas las felicidades, que se atribuyen à la fortuna, deben atribuirse à la Providencia

cia Divina ; y la fortuna en sí no es otra cosa que los efectos de aquella. Si nos quejamos de la fortuna, al Sér Supremo acusamos, y à su Providencia. Esta fué la que preparó las adversidades de Job, y las riquezas de Labán:

Dejemos, pues, la falsa idéa, y el nombre de fortuna, y dejemos tambien de ser delicados, y quejumbrosos. Los males en esta vida, à mas de ser cortos, y pasageros, son las mas veces imaginarios ; y aun los bienes suelen no estar esentos de contradiccion, mereciendo à un mismo tiempo la embidia de unos, y la compasion de otros, y teniendo aquellos por dicha, lo que éstos por miseria, y esclavitud. Calisthenes, en el dictamen de muchos Philosophos, era un hombre feliz, pues merecia ser estimado de Alexandro, y tratado por él con tanta magnificen-

cencia; y en el concepto de Diogenes era muy miserable , pues no podia comer , ni cenar, sino quando à Alexandro se le antojaba. Si cada hombre viviese separado de todo comercio, sin haverlo jamás conocido , no era posible que echase menos cosa alguna , ni tuviese pensamientos de quejarse, si la tierra le producía yerbas, ò frutas, con que pudiese subsistir, y encontraba agua con que saciar la sed. Contento con su existencia, y sin necesidad de cosas superfluas, viviría tranquilo sin deseos , ni envidia; pero vivimos en sociedad : vé el uno la suerte del otro , y la compara con la suya ; y se juzga infeliz, y desdichado por esta comparación el mismo que en otro estado se huviera tenido por feliz , y rico. Vemos, que otros tienen mando , riquezas, palacios, carrozas, y criados , queremos luego tener todo aquello; y porque no lo logramos , nos quejamos de nuestra fatalidad , y de nuestra suerte.

Humillemos , pues , nuestro orgu-

gullo: venerémos los sabios designios del dador de todo: conozcamos, que tal vez la posesion de aquellos bienes, que à otros servirán para hacer su felicidad, huvieran ocasionado nuestra ruina, si los huviesemos gozado. Son pocos los que usan cuerdamente de las riquezas, y muchos los que las convierten en proprio daño. Por mas pobres que seamos, por mas abatidos, siempre tenemos à la mano un recurso para burlar la injusticia de los hombres, y la indigencia. Este no es otro que la virtud. Ella es sola la que puede suavizar las mayores desgracias: ella puede hacer agradable la adversidad, y en sola ella encontraremos la paz, la serenidad, el placer, y la felicidad de esta vida: plácères puros, que no puede corromper la malignidad, ni la embidia: que están dentro de la esphera de nuestras facultades, sin necesidad de mendigar la agena voluntad; y en cuya comparacion son llanto, y tristeza los demás plácères de los mortales.